

Entonces abrió con la llave, y alzando la cubierta, salió Esplandian y púsose ante ella. Cuando la Reina lo vido tan hermoso, con aquellos muy ricos paños, fué tan espantada, que por un gran rato, sin le poder hablar, le estuvo mirando, considerando que nunca, desde que el mundo se comenzó, otra tan bella ni tan apuesta criatura en él se había formado; y tomándole por la mano, sin nada le decir, se llegó con él á la puerta que con la cámara se contenía, y allí paró en medio della, diciéndole: «De aquí adelante no pasaréis.» Y dijo: «Mi señora Leonorina, perded todo temor, y desechad todo miedo; que el Señor muy poderoso vos envía en socorro un ángel de los suyos. Venid vos, mi buena señora, y veréis la mayor maravilla que nunca vistes, ni en otra parte ver podríades; que yo vos terné lo que vos prometí, que vuestra gran cuita en sobrada alegría basta tornar, que aun acá nos alcanzan las buenas aventuras que á este vuestro caballero son prometidas.» La Infanta, que esto oyó, aunque como las hojas de los árboles con el viento sus carnes temblasen, viendo cómo la Reina con voz de alegría la llamaba, perdido lo mas del miedo, á gran deseo fué movida de ver aquel que tanto amaba; y levantada de su estrado, con pasos desmayados, como lo estaba el corazón, se fué para la Reina y se juntó al otro lado.

Cuando Esplandian la vido, considerando en sí que en ella toda la beldad y apostura del mundo se encerraba, por poco se dejara caer en tierra sin sentido alguno. Mas el grande deleite que los ojos sentían en aquella vista, por no la perder le sostuvo, y bincadas las rodillas en tierra, no sabía, con la gran turbación, qué decir; y así estuvo por un rato; mas recordándose aquel espanto de la respuesta enviada por Gastiles, que siempre en su memoria tenía, le dijo: «Señora, si enojo de mí tenéis, demándovos perdon; que de los servicios, si algunos han sido, no me doy por satisfecho, pues que no pueden ser tan crecidos, que mas crecida no sea aquella deuda en que el Rey, mi padre, me ha puesto, mandándome que en su lugar pague las grandes mercedes que de vos, mi señora, recibí.» La Infanta, que de aquella misma turbación herida era, mirábalo, sin ninguna cosa responder; mas la Reina le dijo: «Señora, mandadle levantar, pues que su grande obediencia y cortesía á ello vos obliga.—Reina, mi amiga, dijo ella, dejadlo; que en tanto que ahí estuviere no huirá de mí, como hasta aquí ha hecho, aunque, pues vos lo tenéis por la mano, aunque quiera no podrá, y levantadlo.» La reina Menoresa lo quiso hacer, pero él le dijo: «Mi buena señora, aquí quiero estar hasta que esa mi señora me dé las manos y se las bese por su caballero, apartando de sí aquella saña que fué ocasion de me enviar tan airada respuesta.»

La Reina, que vido que la Infanta no respondía, dijole: «Mi señora, dadle esas hermosas manos, que en tan hermosa boca bien empleadas serán; que, según me parece que la fortuna le ha puesto en tan grande alteza de estado y linaje y prez de armas, sojuzgado á toda virtud, dotado de grande hermosura, cual nunca en hombre se vió, no sería maravilla que antes de mucho le demandeis vos las suyas, y seáis contenta que como marido vos las dé.» La Infanta, que la color perdida te-

nia, siendo ya tornada mas encendida que la su natural, con el asesegamiento de la grande alteración que hasta entonces tenía, tendió las manos hácia él, y él, tomándolas con las suyas, no pudiendo resistir que las amorosas señales del corazón con lágrimas en sus ojos no se mostrasen, se las besó muchas veces, tanto, que en ellas fueron bañadas. Mas la Infanta, que hasta allí alguna libertad por la ausencia de aquel caballero en sí había reservado, cuando sintió que sus manos á las suyas dél y á la boca llegaban, el corazón se le abrió por tantas partes, que no quedando en él ninguna resistencia, fué de todo en todo rompido, vencido y sojuzgado; y así que, de allí adelante fueron los suspiros, los mortales deseos y pasiones en tanto grado, del uno y del otro, que si el Señor mas poderoso no pusiera el remedio que les convenía, quedara con su muerte dellos el mundo en pobreza de las dos personas mas señaladas que en él habían nacido. Mas viendo aquella princesa ser razón ya de le dar algun contentamiento, tomólo por las manos y hizolo levantar. Así estuvieron un rato que no se hablaron, haciendo en sus gestos aquellas mudanzas que los amorosos y atribulados corazones les mandaban. La Reina, que entre ellos estaba, mirábalos como espantada, teniendo por gran maravilla que dos tales personas fuesen de otras mortales engendradas; dijo: «Cierto yo creo que muy grandes tiempos pasarán antes que otras ningunas estén acompañadas como yo estoy, y á su mandar tenga dos tan grandes príncipes en aucto de calidad tan deshonesta y de obra tan honesta.»

CAPITULO XCVII.

Cómo, despues que el buen caballero fué despedido de aquella princesa, estando presente con él Menoresa, se torna á la tumba do estaba primero; y cómo, rompiendo el claro lucero, le vuelve cerrado la sábida Carmela, usando dos veces de aquella cautela, y alzan las velas, y adios, compañero.

A esta sazón que habeis oído, ya la noche, con poco cuidado de su miedo ni deleite, iba discurrendo por sus naturales cursos, huyendo de aquel cruel enemigo de los amantes, que tras ella venía; y viendo la Reina lo poco que de ella quedaba, temiendo que de aquel grande atrevimiento alguna desventura, siendo sabido, no redundase, dijo á Esplandian: «Mi buen señor, tiempo es de vos tornar donde salistes; que á caballero tan hermoso y tan preciado, tan preciado y tan hermoso aposentamiento le conviene.» Oído esto por Esplandian, dijo á su señora: «Pues que mi buena aventura alcanzó quedar yo, mi señora, por vuestro caballero, alcance saber qué manda en que la sirva.» Leonorina le dijo: «Mi amigo, lo que yo vos ruego y mando es, que en saliendo de aquí vos vais á aquellos caballeros vuestros amigos, y lo mas presto que ser pueda, trayéndolos con vos, dejando quien guarde lo que habeis ganado, torneis á ver al Emperador, mi padre, que, por el grande amor que al vuestro tiene, y por lo que de vos le dicen, tiene mucha voluntad de vos ver. Entonces por él ó por mí vos será mandado lo que hagais.» Entonces la Reina, tomándole por la mano, fué con él, y sacando el

ídolo de la tumba donde estaba, lo pusieron debajo de la otra de cristal, que muy claro y mas hermoso parecía, y dejando á Esplandian en la otra en que la doncella Carmela lo llevase, cerrado con la llave, se tornó á la Infanta, diciendo: «Señora, esta llave vos hace cierta que con toda seguridad podéis ver el servicio que aquel vuestro caballero vos ha hecho.» Y tomándola por la mano, la llevó donde el ídolo estaba, debajo de aquel cristal, que como por él traslucíase, parecía la mas hermosa joya que nunca se vió.

Allí estuvieron entrambas mirándole gran rato con gran placer, creyendo que enviando el uno sin impedimento, quedaba el otro, que tal como él, ni que tanto valiese, no había emperador en el mundo ni rey que lo alcanzase. Así estaban riendo, mas la Infanta nunca partió los ojos de la otra tumba donde tenía el corazón. La Reina, que lo vido, dijole: «Señora, paréceme que vuestra codicia mas lo ha por lo vivo que por lo muerto.—Mi amiga, dijo ella, el corazón muerto lo causa, que desea hallar al que resucitar le puede.» Mucho fué maravillada la Reina oyéndole estas palabras, según su tierna edad, y nunca haber conocido en ella que de tal parte persona ninguna mirase. Pero mas lo fué de sí misma, que siendo libre, sin ningun pensamiento de sujeción, no tardó mucho tiempo que su corazón fué tan encendido de aquel mismo fuego, que si tan presto el remedio no le viniera, en las encendidas llamas ó en las muchas lágrimas de sus ojos fuera consumido, como adelante se dirá, en la venida á aquella gran corte del Emperador, de la sabidora Urganda la Desconocida, en que había así desto como de otras muchas agradables cosas de oír.

Después que aquella hermosa infanta Leonorina y la reina Menoresa hubieron allí estado un rato, maravilladas de ver aquel ídolo, con sus grandes riquezas, debajo de la tumba de cristal, fuéronse á dormir, á tiempo que ya no quedaba de la noche una hora. La mañana venida, luego fueron levantadas, y no sin gran temor, hasta ver puesto en salvo aquel caballero que ya oistes. Mas no tardó mucho que la doncella Carmela vino con la compañía que el día antes había venido, y dijo á Leonorina: «Hermosa princesa, quiero que me des lo mio, que de llevar teago, y quedará lo tuyo, que no poca maravilla será á tí de lo ver. Y si mandares, entraré contigo y con la reina Menoresa á lo tomar, y despues podráslo mostrar á quien te pluguiere.—Así se haga, dijo Leonorina; aun mas quisiera que se quedara todo junto, como lo que aquel caballero ganó, porque es muy extraño lo que parece, y así lo debe ser lo que no se muestra; y cualquier cosa dello que se aparte, es gran menoscabo de su valor.—Ya te demandé, dijo ella, en merced, de parte del tu caballero, la tumba segunda para lo que dije; y pues me fué otorgada, no osaría ir sin ella; pero si tanto te agradó, todo lo que della está pensado de hacer se dejará por tu servicio, y yo la tornaré aquí.—Pues agora venid vos y la Reina, dijo á la Infanta, haced lo que á vos pluguiere.» Entonces entró ella delante, y ellas la siguieron, y cuando hubieron estado un poco, salió la doncella y llamó á Gandalin y á Enil y al marinero, y tomando todos cuatro la tumba donde Es-

plandian estaba, la sacaron de la cámara y de aquel aposentamiento, y por mitad de la ciudad la llevaron á su nave, y luego, alzadas las áncoras por los marineros, se partieron del puerto, tomando la vía de la montaña Defendida, y la Infanta quedó con grandísimo pesar, porque, con la turbación, no tuvo memoria de ver las letras que aquel caballero en su pecho tenía, y con su rico tesoro, sospirando por el otro que se iba, que para ella muy mas hermoso y agradable era; quedando con aquella soledad que el corazón preso y sojuzgado quedar suele viéndose partido de aquel que sin él no puede sosegar ni vivir.

CAPITULO XCVIII.

Cómo el autor, por una vision que vido pone fin, sin dar fin, en esta obra, y della se despidie.

Siendo ya mi ánimo y mi pluma cansados, y el juicio en gran flaqueza puesto, considerando el poco fruto que su trabajo alcanzar puede en esta simple y mal ordenada obra, por ellos emendada, temiendo que el yerro mayor no fuese de le poner fin, habiendo juntado dos tan leales amadores como la historia os mostró, remitiéndola á aquellos que, no solamente con sus sutiles y agudos ingenios podrian estos mis simples desvarios emendar y corregir, mas aun siendo mas dignos, con mucha mayor gracia y discrecion proseguir en lo de adelante, si por ventura considerasen que sobre tan flaco cimiento como este alguna hermosa y perdurable obra levantarse podría; pues ya dejada la pluma de la mano, y con la mudanza de la voluntad el juicio vuelto en seguir y se ejercitar en otras mundanales cosas, vino me de súbito, no sé en qué manera, un tan grande esfuerzo al corazón, que olvidando el cansancio, desechando la pereza, me presentó en la memoria el yerro grande que haríasi por ningun impedimento dejase de contar aquella extraña venida que en la compañía de Esplandian y sus compañeros la gran sabidora Urganda la Desconocida hizo á la corte de aquel grande Emperador, y las muchas cosas que dellas sucedieron. Y asimismo aquella espantable y gran batalla, en que casi á la una y otra parte ayuntados todos los del mundo fueron, así por la tierra como por la mar, que fué causa de poner fin en las grandes angustias destes leales amadores, con otras muchas y grandes cosas que acaecieron. Así que, olvidando todas las otras ocupaciones, en esta sola determiné ocuparme. Pero no sé en qué forma, estando yo en mi cámara, ó si en sueño fuese, ó si en otra manera pasase, fui transportado, sin que en mí casi alguna parte de sentido quedase, ni de otra alguna memoria, salvo de la que aquí diré.

Parecíame estar en una muy alta peña, cercada toda de las bravas ondas de la mar, donde estando muy espantado, mirando en torno de mí, no veía sino roquederos tan bravos, tan ásperos como las puntas del diamante, de manera que otra ninguna cosa desocupada, por donde andar pudiese, tenía, sino solamente lo que las plantas de los pies ocupaban. Los vientos eran tan crecidos encima de aquella altura, que si no me abrazara á las ásperas peñas, me llevaran por el aire á lo hondo de la mar. Cierto no puedo decir sino

que por muchas veces fui movido, segun los tragos muy mayores que de la cruel muerte me ocurrían, de me dejar caer abajo, porque uno solo los acabase, salvo que siempre en la memoria me quedó el perdimiento del ánima si hasta mas no poder en el mezquino cuerpo no la defendiese. Estando, pues, en esta tribulación todo el día, viendo venir la noche, sin que remedio á mi salud esperase, mirando siempre con gran cuidado toda aquella parte de la mar que mis lagrimosos ojos alcanzar podían, vi venir por ella una pequeña barca con tanta ligereza como si volase. Y como quiera que su curso tan apresurado como la saeta cuando de la ballesta sale fuese, á mí muy perezosa se me hacia su llegada, considerando que si á ella en alguna manera pudiese descender, que ni en la mar ni en la tierra, en cualquiera parte que la ventura me echase, no podría estar sin gran consolacion, segun el desconuelo y angustia allí tenía. Pero de otro cabo, no pudiendo pensar ni creer que persona alguna allí subir pudiese, ni yo asimismo descender, era puesto en el extremo de toda tribulación y desesperacion.

En este medio tiempo, la barca á la Peña llegada, una sola doncella vi que della salía, y como si en ella una muy llana escalera hallase, comenzó hácia arriba á subir con tanta ligereza como las grandes y largas alas, si las tuviera, le pudiesen prestar; así que, muy presto fué conmigo, y siendo en mi presencia, me dijo la doncella: «La sabiduría maestra y enemiga de la simpleza me envía por tí, que parezcas ante ella á dar razon de aquello que te preguntará, y si tal no fuere, cree ciertamente que serás duramente castigado y vuelto en este mismo lugar, no para que mueras, mas para que purgues el yerro que heciste.—¡Ay! señora doncella, dije yo, por cualquier guisa que sea me llevad donde os placera, que no puede ser en parte tan cruel, que, en comparacion desta, no me sea holganza.—Pues toma este velo, dijo ella, y con él cubre los ojos, sin que vista ninguna alcancen, y llevarte he donde me es mandado.» Entonces, quitándose de su cabeza y lanzándolo contra mí, lo tomé y hice lo que me dijo; y luego no sé en qué manera, sino pareciéndome ir por el aire, sentí á poco rato ser dentro de la barca, pero nunca el velo osé quitar, pues que por ella no me era mandado; y partiendo de allí la barca, no sabiendo yo en qué tanto espacio de tiempo fuese, me hallé, quitado el velo y cobrada la vista de mis ojos, dentro en una grande y hermosa nao, que las grandes luminarias en ella encendidas me mostraron muy claros caballeros, y dueñas y doncellas con ricos atavíos, como paseaban y holgaban por una gran sala, en cabo de la cual una dueña con vestiduras honestas en un estrado estaba sentada, y cuatro doncellas muy ricamente ataviadas, que con sus instrumentos muy dulce son le hacían. Estando yo embarazado en no saber qué hiciese, cesando las doncellas el son, fui por la dueña llamado que á ella me acercase.

Pues yo, como con tal aparato la viese, considerando ser alguna persona de estado y que de su parte fui por la doncella allí traído, teniendo gran temor de lo que mandar me quería, segun su semblante tan airado contra mí era; y sabiendo que la mucha obediencia y humildad

muchas veces aplacan la ira de los contrarios, llegué ante ella, y hincadas las rodillas, le dije: «Señora, si sois vos la que por mí envía, venido soy ante vuestra presencia, mandadme en qué os sirva.» La dueña con una desdenosa risa dijo: «Bien creo yo que, aunque la virtud á ello no te obligase, te constriñiría el miedo que traes. Pues lo uno ni lo otro te valdrá, si con legítima razon no te excusas desto que oírás. Yo he sabido, dijo ella, que eres un hombre simple, sin letras, sin ciencia, sino solamente de aquella que, así como tú, los zafios labradores saben, y como quiera que cargo de regir á otros muchos y mas buenos tengas, ni á ellos ni á tí lo sabes hacer, ni tampoco lo que á tu casa y hacienda conviene. Pues dime, hombre de mal recaudo, ¿cuál inspiracion te vino, pues que no sería la del cielo, que, dejando y olvidando las cosas necesarias en que los hombres cuerdos se ocupan, te quisiste entrometer y ocupar en una ociosidad tan excusada, no siendo tu juicio suficiente, enmendando una tan grande escriptura de tan altos emperadores, de tantos reyes y reinas, y dueñas y doncellas, y de tan famosos caballeros; hablando en sus grandes hechos, olvidando en tu memoria cuántos famosos sábios en las semejantes cosas no osaron hablar ni escribir, y si algunos se atrevieron, muchas faltas, muchas palabras groseras y viciosas en sus escripturas se hallan. Y tú, siendo tan torpe y tan flaco de juicio, tener osadía de te poner en tal atrevimiento, merecedor eres de gran castigo. Y puesto caso que ya tomasen esta osadía, que con alguna color de razon excusar te podrías, porque con tanta aficion tu voluntad está deseosa de saber los famosos hechos de las armas, y porque el estilo de tu vida desde tu nacimiento fué en las desear y seguir, ¿qué pensamiento tan contrario de la razon fué el tuyo, entrometerte en contar aquellos ardientes y leales amores de las dos personas que mas en perficion que ninguno de los nacidos se sostuvieron y pasaron? Que, aunque yo de los engendrar fui la primera urdidora, y despues en los aumentar y crecer aquellas fuerzas, que á ninguno de los mortales tan grandes como á mí no se dieron ni otorgaron, no osara ni mi gran sabiduría bastara á contar la menor partecilla dellos, como quiera que yo así como ellos en mis entrañas y sojuzgado corazon los siento. Y tú, siendo tu juicio simple, como ya dije, tan contrario de la discrecion y sabiduría, no temiendo la gran vergüenza que de los sábios discretos, burlando, profazando dello, se te podría seguir, cerraste los ojos del entendimiento, y como si en algun lago con desesperacion te lanzases, que muy mejor partido para tí fuera, te ocupaste en querer que por tí quedase en memoria aquello que ni sabes ni sientes en qué consiste su mal y bien. ¡Oh loco! cuán vano ha sido tu pensamiento en creer que una cosa tan excelente, tan señalada entre todas las leales y honestas que en muy gran número de escripturas caber no podría, en tan breves y mal compuestas palabras, lo pensaste dejar en memoria, no temiendo en ella ser tan contraria tu edad de semejantes autos, como el agua del fuego, y la fria nieve de la gran calentura del sol; que en una tan extraña cosa como esta no puede ni deben hablar sino aquellos en quien sus entrañas son casi quemadas y

encendidas de aquella amorosa flama. Sábete que eres digno de gran reprehension y castigo, y así lo habrás antes que de aquí partas.»

Cuando por mí, que muy turbado estaba, esto que aquella tan autorizada dueña me dijo fué oído, considerando decirme en ello toda la verdad, no solamente fui en gran temor puesto, mas conocí ser digno y merecedor de cualquiera grave y cruel pena que en mí fuese ejecutada, y dije: «Si algun consuelo es á los que sienten en sí ser justamente por sus yerros la pena ejecutada; y como yo, mi buena señora, así en mí lo conozca, como quiera que el espíritu en gran alteracion sea, esperando la pena de la culpa que mi gran yerro cometido merece, consuélase el conocimiento en ver que muy mayor que dar se le puede, padecer debria. Así que, yo soy aparejado, no sin muy gran temor, mas con justa razon, á que la discrecion, con aquel muy gran señorío que sobre la simpleza tiene, tome la enmienda y haga el castigo en mí que mas en grado y placer le sea. Pero si vos, mi señora, habeis piedad de mí, porque viendo yo cómo estos sábios que decís, desechando las semejantes obras, son con gran diligencia ocupados y trabajados en las otras que mas por intereses que por gloria ni fama venden, sin alcanzar yo lo uno ni lo otro, quise mas por obra que por voluntad errar; y es satisfecha vuestra grande excelencia en que yo, perdiendo el tiempo del trabajo que hasta aquí tomé en enmendar aquesta obra, sea luego lanzada en las vivas llamas del fuego, sin que alguna memoria della quede, no solamente se cumplirá, mas con prometimiento firme seréis cierta que en el proceder della en lo de delante nunca por obra ni pensamiento será mas en mi memoria recordado.»

La dueña, que con gesto desdenoso y sañudo me hubo hablado, viendo cómo me conocia en toda la culpa por ella puesta, amansado algo su furor, me dijo: «Esa tal ejecucion que tú nombras, no quiero yo que se haga, porque sería para tí, no pena, mas gloria, en que ocultas fuesen á todos tus simplezas. Antes quiero y mando que por una de las mayores penas que dar se te pueden, que á todos sean manifestas y que sean publicadas y vistas por muchas partes, poniéndote silencio que de aquí adelante en esta materia no procedas hasta que por mí sea mandado, y lo que mas desto queda para ejecucion de tu castigo, tú lo sabrás al tiempo que por otra mas extraña aventura serás ante mi presencia venido, y quiero que sepas que yo soy aquella gran sabidora Urganda la Desconocida, de quien en muchas partes en esta obra se hace mencion, y aunque de mis extrañas obras mucho te maravillaste, cierta soy que ninguna dellas creiste. Pues dígame que, puesto que mi saber va fuera de la católica vía, mi juicio le hace que á muchos y muchas aproveche.»

Estando en esto, partiéndose de mí aquella gran nube ó fantasma, creyendo quedar en las ondas de la brava mar, tornando en mi acuerdo, me hallé en aquel lugar de mi cámara donde ante habia sido adormido ó enhartado. Pues yo, espantado de la tal figura, temiendo que la recaída mas brava y cruel no fuese; siendo determinado en seguir toda la obediencia de aquella gran sabidora en este caso, acordé que mientras su mandamiento

no me diese osadía y esfuerzo de poner fin en esto á que esta grande historia es llegada, rogando á aquellos que con mas saber, con mas graciosa discrecion y menos temor que yo hacerlo pueden, que tomando algun poco de trabajo quieran proceder en recontar aquello que falta, segun la órden que esta dicha escriptura les mostrará el camino.

CAPITULO XCIX.

Cómo habiendo este autor, por el mandado de aquella Urganda la Desconocida, puesto fin á esta obra, como se os ha contado, por otra muy extraña aventura que se le ofreció le fué forzado de tornar á ella.

A mí me conviene, con gran fatiga de mi espíritu y gran congoja de mi corazon, negando mi propia voluntad, seguir la ajena, como dolencia tan antigua en el mundo; digo dolencia, porque siendo iguales en el nacer y en el morir, no iguales seamos en el vivir diverso. Púedese creer que el muy alto Señor, porque el mundo mejor gobernado fuese, así permitirlo quiso, por donde, aunque muy grave nos parezca, por lo mejor y mas llegado á su servicio se debe tener. Ya os conté en el cabo desta obra cómo yo fui llamado en extraña forma por aquella grande sabidora Urganda la Desconocida, y cómo, despues que la venganza de su saña en mí fuese ejecutada, con aquel tan sañudo rostro y crueles palabras me mandó poner fin en aquesta obra, hasta que lo contrario por ella me fuese mandado; y cómo yo, cumpliendo su temeroso mandamiento, teniéndolo por muy justo, segun la pena que yo merecia por haber puesto mi muy flaco y simple juicio en aquello que con muy gran parte alcanzar no podia; ocupándole en otras cosas, de todo punto lo habia dejado, creyendo que así por semejante aquella sabidora dueña, ocupada en otras mas graves, esta no ternia en la memoria. Pero, segun me parece, no fué así, antes ha querido, por me dar mas pena, ó porque su voluntad y querer sea satisfecha, de me llamar por la manera que ahora será demostrado. Pues que así fué, que saliendo un día á caza, como acostumbrado lo tengo, á la parte que del Castillejo (1) se llama, que por ser la tierra tan pedregosa y recia de andar, en ella mas que en ninguna otra parte de caza se halla; y allí llegado, hallé una lechuza, y aunque viento hacia, á ella mi falcon lancé; los cuales, subiendo en gran altura, la una por la vida defender, y el otro porque con su muerte esperaba matar la hambre, en fin la lechuza, no pudiendo mas, en las uñas agudas del falcon fué puesta, de que no pequeña alegría mi ánimo sintió en los ver venir abajo. Pero un estorbo de aquellos que á los cazadores muchas veces venir suelen, gran parte dello me quitó; y esto fué que llegando el falcon con la presa al suelo, fueron ambos caídos en un pozo que allí se muestra, de gran hondura y de inmemorial tiempo hecho. Y como por mí, que los seguia, fué este desastre visto, turbado de tal desdicha, descabalgué del caballo, poniéndome en la orilla del pozo, por mirar si con algun artificio podría cobrar el falcon. Mas, como los desastres poco límite tengan en seguir unos á otros, viniendo con gran viento un torbellino á aquella parte donde yo estaba, y levantán-

(1) Lugar próximo á Medina del Campo, residencia de Garcí-Ordoñez de Montalvo.

domo los piés del suelo, en aquella gran hondura me puso, sin que ningún daño recibiese.

Cuando yo allí me vi entre algunas culebras y otras cosas ponzoñosas, cierto fui puesto en tribulación. Pero acordándoseme que el remedio de tales aventuras es el esfuerzo de corazón, que con él muy muchos peligros son remediados, y también esperando que llegado un mi cazador, que en un valle dejó caído con su caballo, viéndome en tal parte, buscaría por los lugares comarcanos gente que sacarme pudiesen, acordé de cebar el falcon; y queriéndolo hacer, vínome al encuentro otra muy mayor desventura, mucho más temerosa que la misma muerte; que no sé en qué manera al un costado de los cuatro de aquel pozo una gran boca se abrió, de tanta oscuridad, y á mi parecer de tan gran hondura, que con mucha causa se pudiera juzgar por una de las infernales. Pues yo, espantado de la ver, no pasando mucho espacio de tiempo, pareció venir por ella una tan gran serpiente, tan espantable, cual nunca los nacidos jamás pudieron ver; la cual traía la garganta abierta, lanzando por ella y por las narices y ojos, y orejas muy grandes llamas de fuego, que toda la cueva alumbraban. ¡Ay Dios! Ay Dios! Cuando por mi vista fué una tan desemejada bestia fiera, y que su viaje era conmigo juntarse, no teniendo arma alguna con que defender me pudiese, creyendo ya ser della tragado y comido, recorríme á aquel muy alto Señor, que ante su gran poder las semejantes cosas como en nada deben ser tenidas; y hincados los hinojos en tierra, alzadas las manos y los ojos al cielo, en aquello poco que devisar se podía, dije: «¡Oh muy alto Dios! pues que el cuerpo paga su deuda, de aquella en que la ánima es te pido que hayas piedad y merced.»

Así estuve por gran espacio, sin que los ojos abajarse, cercado casi de aquella claridad; la cual como cesada fué, sintiendo yo quedar en la forma que ante estaba, abajé los ojos hácia abajo, queriendo ya ver el fin de mi triste vida; y no viendo la cruel serpiente, pareció delante de mí una dueña de mucha edad, y á ella conforme vestida, y díjome: «Segun en tu semblante parece, ¡qué gran miedo has habido!» Yo, con la grande alteración, y porque mi ánima por el cuerpo andaba saltando de un cabo á otro, buscando por dó salir, no tuve esfuerzo alguno para responder; mas ella prosiguiendo, dijo: «¿Conóceme por ventura? Dilo, no temas ya; que aquella que en tal espanto te puso, en gran deleite lo puede convertir.»

Oyendo yo esto, teniendo la vida con gran fuerza, temblándome el corazón, dije: «A mi parece, Señora, que ya otras veces os he visto, cuando la doncella, llevándome por la mar á la gran fusta, en vuestra presencia me puso; y soy muy maravillado si así es. ¿Cuáles enojos y deservicios tuvieron tanta fuerza que con las semejantes crueldades mereciesen ser vengados?—Dejemos ahora, dijo ella, de hablar en eso; porque muchas veces con las amargas cosas que al apetito muy contrarias son, se causa gran sanidad y descanso á aquellos que mucho contra su voluntad las toman y reciben; y así podría á tí acaecer en lo pasado y porvenir. Conviene que, dejando el temor, te vengas sin él conmigo, y mostrarte he tales y tan extrañas cosas, que, aunque

viéndolas comprenderlas pudieses, tus ojos nunca las vieron ni ver pudieran faltando yo de ser la intercesora.» Pues yo, no teniendo ni esperando otro remedio alguno, sino obedeciendo aquella gran sabidora, hallándome indigno que el muy poderoso Señor con milagro de allí me sacase, acordé como mejor partido de seguir tal mandamiento.

A esta sazón vinieron por aquella cueva dos enanos con sendas antorchas, que con mucha claridad alumbraban, y tornando por el camino que trajeron, la dueña y yo los seguimos. Cierito creo yo que nuestro andar todavía hácia bajo turase muy poco menos de dos horas, en fin de las cuales fuimos llegados á otra puerta, que salidos por ella, hallamos cielo con muy claro sol, y tierra que parecía ser firme, en que encima de una peña se nos mostró una muy hermosa fortaleza, acompañada de hermosos y muy alto muro y muy grandes y espesas torres; y la dueña, sin me decir alguna cosa, comenzó la gran cuesta á subir, y yo tras ella, deseando ya ver y saber el fin que sería de aquel tan extraño viaje. Pues así anduvimos hasta ser en un llano que delante la puerta de aquel grande alcázar estaba, donde la dueña me preguntó si por ventura tenía en la memoria cómo aquella fuerza se llamase. Yo, por aquella pregunta mal avisado, con mas diligencia comencé á traer los ojos en torno de aquello que devisar podía; y vi á la una parte del llano un arco de piedra muy hermoso, y encima dél una imagen de gran estatura, con una trompeta en la diestra mano, puesta en la boca, como que quería tañer, y luego adelante el arco un palacio, que se contenía con una huerta de muy grandes y hermosas arboledas, y un poco mas adelante del arco, un grande mármol de piedra en el suelo hincado; y luego me ocurrió á la memoria, segun la noticia della había habido, ser este el arco de los leales amadores, que en la ínsula Firme aquel gran sabidor Apolidon hubo dejado, y díjele á la dueña: «Señora, á mi parecer, por esta señal que aquí se nos muestra, y por todo lo otro que mis ojos ven, creería yo ser esta la ínsula Firme; no sé si en ello mi juicio está errado.» La dueña, vuelta á mí el rostro muy amoroso, dijo: «Tú dices verdad, que esta es la ínsula que declaras, y pláceme muy mucho porque tu ingenio esté tanto al cabo del verdadero conocimiento, porque sepas discernir y determinar todas las otras cosas que te quiero mostrar, y sígueme.»

Entonces fuimos llegados á la puerta de aquel grande alcázar, que abierta hallamos, y entramos dentro. Guióme la dueña á la cámara Defendida, la cual yo conocí bien, por aquellas señales mismas que en esta grande escriptura ante fueron mostradas. Allí vi aquellos padrones de cobre y de mármol, y las letras que encima de la puerta se mostraban; pero cuando dentro della fuimos, la riqueza y cosas extrañas suyas, que en ella estaban, era de tanta admiración, que por ser imposibles de las dejar por escripto, en memoria dejarán de ser aquí recontadas, así aquellas que la cámara en sí contenía, como las del destajo muy hermoso, que la pared del cristal apartaba. Pues estando yo muy espantado, hincados los ojos en ellas por mirar, la dueña me dijo: «Aunque esto te parezca muy extraño, mira hácia esta otra parte.» Y entonces, volviendo la

cabeza, vi en dos sillas muy ricas, labradas de oro, guarnecidas de piedras de gran valor, sentados un caballero y una dueña, con coronas reales en sus cabezas; el caballero vestida una loriga muy blanca y hermosa, con todas las otras armas que le convenian, sobre las cuales tenía una espada, que la vaina y correas eran tan verdes como una ardiente esmeralda, trabadas con gonces y tornillos de oro; pero el rostro y manos había desarmadas, y tenía á los piés un enano, asentado en un cojin de seda, y el escudo al cuello, y encima de su cabeza un yelmo muy hermoso guarnecido de oro, hecho por grande arte con aljófar muy grueso; la dueña era muy hermosa á maravilla, y vestida de unas muy ricas flores de oro, hechas á la antigüedad de su tiempo, de muy extraño traje.

Estándolos yo mirando con grande afición, que mucho deleite sentía, dijo la dueña: «Comprende bien la hermosura destes; porque conviene de te mostrar otros.» Y volviendo á la otra parte, vi en dos sillas imperiales, mas altas que las primeras, otro caballero y otra dueña, con sendas coronas en sus cabezas, y á mi parecer mas hermosos que los que antes había visto; tenía el caballero á sus piés, sentada en una grada, una doncella ricamente vestida, puesto á su cuello un escudo, y en las manos un yelmo tan rico, que ninguno otro, por rico que fuese, se le podría igualar; sus rostros eran tan resplandecientes en hermosura como los claros rayos del sol. La dueña sabidora me dijo: «¿Has bien mirado este caballero y esta dueña?—Sí, dije yo.—Pues sígueme, y mostrarte he mas.» Entonces, salidos de la rica cámara, entramos en una sala muy grande y muy hermosa, en la cual hallamos sentados en sus sillas reales, de dos en dos, cuatro caballeros y cuatro dueñas; los caballeros eran armados de muy ricas armas, y sus rostros dotados de gran hermosura; tenían á sus piés, en un tapete de seda, tendidos sus escudos, y los ricos yelmos encima de ellos. Las dueñas parecían tan hermosas, en especial una dellas, que era maravilla mirárlas. La dueña me detuvo allí un gran rato, porque pudiese muy por entero mirar todas aquellas cosas extrañas que en sí tenían; y luego me llevó consigo á la parte y lugar donde los primeros habíamos dejado; y poniéndome delante dellos, me dijo: «Este caballero y esta dueña que aquí ves, sábete que es aquel Amadís de Gaula, de quien tan extrañas y tan famosas cosas has leído; la dueña es Oriana, que se llamó sin par, por no le igualar otra ninguna en hermosura; y estos otros, que en mas altas y ricas sillas están, son aquel bienaventurado caballero Esplandian, amigo y servidor del muy alto y poderoso Señor, y grande enemigo de los infieles, y esta dueña es la su muy amada mujer Leonorina, emperatriz de Constantinopla. Agora vamos á los otros que viste, porque te sea manifiesto quién son.»

Pues ella yendo, dije yo: «Buena señora, ruégooos yo cuanto puedo que me digáis desta doncella quién es.—Esa, dijo ella, es la doncella Carmela, de Esplandian, que, por su discreción y gran lealtad, mereció ser puesta entre los reyes y reinas; y así lo deben ser todos aquellos que, siguiendo la virtud, desechan las cosas que dañarla pueden.» Y salidos de allí, tornamos

á la gran sala, donde los otros caballeros y dueñas eran; y llegando á los dos primeros, dijo la sabidora: «Ves aquí á don Galaor y á la hermosa Briolanja, su mujer; y estos otros son el esforzado don Florestan y la reina Sardamira, y los terceros aquel esforzado y orgulloso de corazón, Agrájes, con la su Olinda, y los postrimeros Grasandor con la cortés y muy cuerda Mabilia; míralos á tu voluntad, y ruégote que me digas cuál destas señoras mas hermosa te parece.—Ciertamente, Señora, dije yo, como quiera que mucho deseo tengo de ser obediente á cumplir vuestros mandamientos, muy grave se me hace ponerme en la tal determinación, porque la hermosura de las mujeres en los ojos de los hombres es juzgada segun el amor y afición de cada uno, donde se siguen muchas contrariedades; de manera que muy pocas veces concurren en una concordia. Mas, por ser, como dije, obediente á vuestro mandado, diré aquello que mi juicio alcanza; yo he mirado con los ojos corporales, y aun con los del entendimiento, todas estas señoras, porque habiendo muchas veces leído en su historia la excelencia de sus beldades, por dicho me tenía que ellas eran al cabo de todas las que en el mundo en su tiempo fueron, en especial Oriana y Leonorina; mas, segun agora me parece, no lo puedo así juzgar, que, segun la muy gran hermosura y apostura y lozanía desta reina Briolanja, no veo yo que ninguna destas reinas la tenga mas crecida; y soy muy maravillado cómo esta no acabó la aventura de la cámara Defendida cuando por ella fué probada.»

Como esto por la dueña fué oído, dijo: «Agora te digo que me hallo con culpa en te haber así avillado y despreciado al tiempo que la vez primera te vi, porque, segun en esto con tan profundo conocimiento has juzgado la verdad, no merecias ser así de mí tratado; y quiero responder á esto que dices: sábete que cuando esta hermosa reina Briolanja dijo en la villa de Fenusa, donde el rey Lisuarte estaba, á Amadís que quería probarse en esta cámara, Amadís lo otorgó que lo hiciese, de que muy gran saña á su señora Oriana se le siguió. No pasó en la verdad así, antes fué en todo al contrario; porque viendo Amadís que la imagen de Grimanesa no era igual en hermosura y apostura á la desta reina, y que si la aventura probase, muy ligero sería de la acabar donde su señora Oriana estaba; pero que ninguna esperanza le quedaba de ganar aquella honra y descanso, siendo el señor de la ínsula, aconsejóle que antes que allí fuese se tornase á su reino, y que él muy presto iría por ella y la llevaría á la prueba; y por esta causa cesó su ida, como lo deseaba. Despues, en aquel medio tiempo, sobrevinieron las grandes disensiones y enemistades entre el rey Lisuarte y Amadís, por donde todo lo otro quedó como en olvido puesto, hasta que la ventura trajo en cabo de gran pieza de tiempo aquel grande ayuntamiento de gentes en esta ínsula, cuando Amadís y el emperador de Roma y otros muchos caballeros fueron casados, como tú bien sabes; donde por el mismo Amadís le fué hecho á esta hermosa reina otro engaño, ó á decir verdad, mayor agravio; porque al tiempo que Grasinda y Olinda y Melicia en esta aventura se probaron, y della fallecieron, recelando todavía Amadís la gran hermosura desta que digo,

que no estaba en mas de la ganar que de la probar, tuvo manera como antes que ella, Oriana la probase; así que, esta hubo perdido, no á su culpa, mas á la ajena, aquel galardón, aquella victoria que su gran belleza y lozanía le otorgaba.—Ciertamente, mi buena señora, dije yo, como quiera que desta hermosa señora le fuese robada esta tan famosa gloria que alcanzar pudiera, no pierda por eso de ser una estrella muy reluciente en hermosura entre las que en su tiempo fueron.»

La sabidora dueña, sin á esto mas responder, dijo: «Agora te ruego que me digas aquello que te parece de los caballeros, no digo de su hermosura, porque muy notorio parece no ser la de ninguno dellos con grande parte igual á la de Esplandian; mas lo que de tí quiero saber es, cuál te parece que por razón debe ser mas valiente.—Señora, dije yo, esta demanda se me hace mucho mas grave que la primera, porque aquello que los ojos ven, con mucha razón pueden gran parte de lo cierto juzgar, así como fué en lo destas reinas; pero acertar en lo invisible, no siento juicio, si por muy gran dicha no, que la determinación dello alcance; y si por ventura lo que diré fuere al contrario de la verdad, con mucha razón mi inocencia debe ser perdonada; y digo, en respuesta de lo que me mandais, que, como quiera que estos caballeros son dotados de gran hermosura, muy bien tallados y de crecidos cuerpos, por donde parece que por razón se pueden en toda valentía juzgar, al que mas mi afición se acuesta, y ternia por mas valiente, según el varonil parecer del cuerpo y gesto, es este don Florestan, rey de Cerdeña, dejando por poner en la cuenta á Esplandian, que habiendo empleado sus fuerzas, poniéndolas tantas veces á la cruda muerte, por servir al mas poderoso Señor, desechando todas las vanaglorias y gran parte de las locuras que estos otros siguieron, cierto es que ninguno dellos ni todos juntos no podrían ser sus iguales.»

Oído esto por la dueña, dijo: «No quiero otorgar ni contradecir tu razón; solamente digo que tengo en la memoria cuando este don Florestan que decis derribó en la floresta á Agrájes y á don Galaor, y tras ellos á Amadís, por donde fué manifiesta á todos su gran valentía; mas de lo que desto sucedió despues, no te diré ninguna cosa de la verdad, que la grande afición mia y de otras no daría lugar á la lengua que lo hablase. Y pues que así has respondido á mis preguntas, ruégote mucho que me digas si allá en ese mundo donde vives, si viste en algun tiempo tales reyes y reinas como estas; que esto no te puede ser grave, pues sus grandes y famosos hechos, mucho mejor que otro ninguno lo sabes, y asimismo lo que con tus propios ojos has visto.—Todo es verdad, mi buena señora (dije yo), lo que decis, y así lo diré yo en mi respuesta. Ciertamente es que en estos nuestros reinos donde yo nací y mi habitación hago, he visto algunos reyes y reinas que, en mi juventud, de la trabajosa vida á la cruel muerte vinieron. Y porque con la tierna edad no puede ser junto el verdadero conocimiento de las cosas, dejaré de contar lo que con prosperidad y adversidad pasaron; pero de aquellos que con gran certidumbre puedo hacer muy verdadera relación, por mí os será manifiesto, sin que un punto de la verdad salga. Y esto es de los grandes

y muy famosos hechos del Rey y Reina mis señores, que en esta sazón casi todas las Españas, y otros reinos fuera dellas, mandan y señorean. Que sabréis, Señora, con verdad que este gran rey que digo, en hermosura de rostro, en gentileza de cuerpo, en grande habla, en acabada discreción, y en todas las otras virtudes y gracias que á rey conviene tener, ninguno destos vuestros se le podría igualar. Pues del grande ardid y esfuerzo de su corazón, no bastará mi juicio á lo contar, según las grandes cosas que por él han pasado desde su tierna edad hasta este tiempo en que estamos, así las que tocan á esfuerzo, como las que con gran discreción deben y merecen ser loadas; y por esto lo dejaré, tornando á la reina muy famosa de que os hice mención. Esta es la mas apuesta, la mas lozana, la mas discreta, que no solamente no la vieron otra semejante los que hoy viven, mas en todas las escrituras pasadas ni memorias presentes que de la gran antigüedad quedasen, desde que aquel grande Hércules comenzó á poblar las Españas, no se halló otra reina que á esta, con muy gran parte igualar pudiese. Y dejando aparte ser su discreción, su honestidad tanto en el extremo subidas de su gran hermosura y graciosidad, digo que por muchos muy discretos fué juzgado mas por divinal el su hermoso parecer que temporal, no porque lo fuese, mas porque á ello muy allegada pareciese.—Aunque yo, dijo la sabidora, por otros sepa ser verdad todo lo que has dicho, muy gran placer siente mi ánimo en lo oír de tí, que por lo que en lo pasado he visto, creo no me dirás sino aquello que cierto es. Y si á mí dado me fuese lugar para los ver y servir, demás de les decir algunas cosas que no saben, aconsejarles—hía que en ninguna manera cansasen ni dejasen esta santa guerra que contra los infieles tienen comenzada; pues que con ella sus vasallos serian contentos de los servir con las personas y haciendas, y el mas alto Señor de les ayudar y favorecer, como hasta aquí lo ha hecho, y en el cabo hacerles poseedores de aquella grande gloria que para los semejantes tiene guardada. En esto no se hable mas, porque ninguno me puede decir tanto de sus grandes excelencias, que á mí no me sean muchas mas manifiestas.—Eso, dije yo, podréis vos, Señora, creer sin duda alguna; y pues que mandais que en esto no se hable, como cosa tan grande que casi cabo no tiene, quiero preguntaros á qué fin ó por qué causa teneis estos reyes y reinas.—Yo te lo diré, dijo ella, de buen grado: tú sabes cómo yo fui presente en el mundo cuando estos lo fueron, y así sabes cuántas cosas yo hice por ellos, y el amor tan grande y obediencia que me tuvieron. Viendo pues que no se podía excusar que á la oscura y triste muerte no viniesen, hube yo grande mancilla que personas tan altas, tan hermosas y tan señaladas en el mundo en todas las cosas, la cruda y pesada tierra los gozase, y tuve manera cómo en uno en esta isla que estamos todos ellos fuesen ayuntados. Y yo, con mi gran saber, hice tales y tan fuertes encantamientos sobre ellos y sobre la isla, que arrancándola de sobre la tierra así junta como ves, y estos reyes y reinas asentados en estas sillas, como estaban entonces, tornados en aquella edad y hermosura por mí, que en tiempo que con mas perfición la sostuvieron, por

una muy grande aventura que en la tierra hice, lo puse todo en el centro abismo de lo hondo, por donde ando moviéndolo de unas partes á otras, á mi voluntad; y la fin que desto yo atiendo es, que la fada Morgana, que despues de mí, pasando gran tiempo, vino, me ha hecho saber cómo ella tiene encantado al rey Artur, su hermano, y que de fuerza conviene que ha de salir á reinar otra vez en la Gran Bretaña. Que entonces podrían salir estos caballeros, porque juntos con él, en mengua de los grandes reyes y príncipes de los cristianos, pasados sus sucesores, con gran fuerza de armas ganen aquel gran imperio de Constantinopla y todo lo otro que por su causa está señoreado y por fuerza tomado de los turcos infieles, enemigos de la santa fe católica; á lo que nunca estos reyes que dije quisieron volver cabeza para lo remediar, antes con mucha codicia, con mucha soberbia, no piensan ni trabajan sino en aquellas cosas mas conformes á sus dañados apetitos, que al servicio de aquel Señor que en tan grandes señoríos y estados los puso.»

Yo, que esto oí, fui mucho dello maravillado, y dije: «Señora, ¿y es cierto que en cabo de tantos años que por ley natural estos debían ser por muertos sacados del mundo, que hayan de tornar á él, haciendo aquellas cosas que cuando vivos hacían?» La dueña dijo: «Mi buen amigo, cree verdaderamente que si el rey Artur sale á reinar, como dije, que estos saldrán con él, y si no, quedarán como los ves hasta su tiempo; y porque mucho te he tenido, quiero que sepas la causa por donde aquí venir te hice, y lo que mandar te quiero.» Entonces ella, yéndose de allí, salida de la gran sala, y yo siguiéndola, entramos en una cámara muy rica, de muy extraña labor, donde estaba un hombre sentado en una silla, con vestiduras largas y honestas, la barba y cabellos crecidos, tenia en sus manos un libro guarnecido las cubiertas con chapas de oro por sutil arte labradas. La dueña me dijo: «Este que aquí ves es aquel gran sabio maestro Elisabat, que escribió todos los grandes hechos del emperador Esplandian, tan por entero como aquel que á los mas dellos presente fué, como en este libro que ves se muestra; y porque aun tú no has visto ni podido alcanzar el fin dello, sino solamente hasta que este Esplandian vió á su señora, y se partió della en la fusta por la mar, así como lo hallaron en la tienda de piedra cabe Constantinopla, por donde fué manifiesto, quiero ahora, revocando el mandamiento tan premioso que te hice, en que no procedieses mas adelante en esta obra, que veas por este libro aquello que adelante sucede, y de aquí lo lleses en memoria, para que, poniéndolo por escrito, sea divulgado por las gentes; pues que gran sinrazón sería, sabiendo aquello que pasó hasta allí, como dije, no gozase de lo que no saben ni saber podrían si de aquí tú no lo llevases. Y esto hago, por te quitar del trabajo que pasarías en lo componer de tu albedrío, y aun porque no me fio de tí, ni estoy segura que tu juicio bastase para tan grandes cosas contar. Y porque esto está en la letra griega, para tí es excusado leerla, pues que no la entenderías, lértelo ha en la tuya esta mi sobrina Julianda, que aquí viene.—Oh señora, dije, ¿qué tan grande beneficio es este para mí, y qué tan

gran consuelo he habido en que de aquí lleve esto que yo tanto ver deseaba! Y aunque otra cosa en ello yo no ganase sino satisfacer á vuestra voluntad, y que de aquí adelante no sea de vos espantado como hasta aquí he sido, tenerme he por hombre de buena ventura.»

Entonces tomando aquella doncella el libro de las manos del Maestro, declarando lo que en él estaba, en el lenguaje que yo muy bien entiendo, comenzó á leer desde allí donde dije, que es cuando Esplandian fué partido en la tumba de la presencia de su señora, y puesto en su nave, se metió á la alta mar, hasta dar en la fin del libro, siendo ya casado, con título de emperador. Lo cual por mí oído, como con deleite lo escuchase, teniendo las orejas muy atentas en ello, toda la mayor parte me quedó en la memoria. Eso así acabado, como habeis oído, deseando mucho salir de un tan extraño lugar, así para descanso, como para poner en escrito lo que dicho tengo, dije á la gran sabidora si mandarme queria mas. Ella respondió que no por entonces. «Pues, Señora, dije yo, ruégovos, por vuestra bondad, que dándome licencia, deis orden cómo de aquí salga.—Así se haga, dijo ella;» y mandó á aquella su sobrina que me llevase consigo y me pusiese donde yo queria.

Entonces ella, cumpliendo lo que le era mandado, se tornó conmigo á la cueva que ya oistes; por donde anduvimos hasta ser en el fondón del pozo, y allí, haciéndome poner la diestra mano en un muy pequeño libro, fui preso de un muy pesado sueño. No sé yo por qué tanto espacio de tiempo fuese, pero despertado dél, halléme encima de mi caballo, y en la mano el falcon, con su capirote puesto, y el cazador cabe mí, de que muy maravillado fui, y díjele: «Dime, ¿no volamos una lechuza con este falcon?—No, dijo él, que aun hasta agora no la hemos hallado, ni otra cosa que volar pudiésemos.—¡Santa María! dije yo, pues ¿qué hemos hecho?—No otra cosa, dijo él, sino llegar aquí donde estamos, donde os tomó un sueño tan fuerte, que nunca vos he podido despertar, así como estáis á caballo, tanto, que pensé que alguna mala ventura era, que de tal manera vos tenia casi como muerto.—¿Qué tanto duró esto? dije yo.—Pasaré de tres horas, dijo el cazador; de que soy maravillado cómo vos acació lo que nunca hasta agora os vi.—No te maravilles, dije, pues que á tí cada día lo semejante acaece; vámonos agora á nuestra caza, y procuremos de cebar este neblí.» Así nos partimos de aquel lugar, y como yo con gran sobresalto estuviese del miedo primero, aunque en sueño había sido, y con gran placer de la fin dello, deseando cumplir lo que me era mandado, no pude por ninguna vía allí sosegar; y tomando el camino, me torné á mi casa, á la cual llegado, apartado de todos, tomando tinta y papel, comencé á escribir aquello que en la memoria traía, como agora oiréis.

CAPITULO C.

De cómo Esplandian partió de Constantinopla la vía de la montaña Defendida, y la fortuna de la mar lo echó á un extraño puerto cerca de la villa de Alfarin, donde halló seis caballeros de los suyos en una cruel batalla, peleando con muchos turcos, y de las maravillas que en armas allí hizo.

Dicho se vos ha cómo, despues de haber salido Esplandian de la recámara de su muy amada y hermosa Leonorina en la tumba donde estaba, que la doncella Carmela y aquellos dos caballeros Enil y Gandalin lo pusieron en la nave, y cómo de allí lo mas presto que él pudo se partió por la mar. Pues agora vos será contado lo que de aquel viaje le acaeció. Así fué, que navegando la vía de la montaña Defendida, donde él deseaba ir por la ver, y certificar á qué recaudo tenían al rey Armato, que preso allí dejó, la fortuna, que muy poco cuidado tiene que el pensamiento y deseo de los hombres sea en aquella manera que ellos querrian ejecutado, si no es conforme á la movible voluntad, porque gozando de aquel consentimiento suyo, así sean obedientes en todas las otras prósperas ó adversas cosas que por ella guiadas son; desviando la fusta por otra diversa vía, púsola en la parte donde este esforzado caballero fuera para siempre lastimado, si en la tal afrenta no se acertara. Y esto fué, que por la gran fuerza de un gran viento de travesía, la nave aportó en la ribera de la mar, dejando á la siniestra mano la fuerte villa de Alfarin, donde los caballeros sus amigos habia dejado. Pero siendo cerca de la tierra, vieron entre unas ásperas peñas un ayuntamiento de gentes armadas, revueltos unos con otros, dando grandes voces y alaridos, como que entre sí alguna peligrosa batalla hubiesen. Lo cual visto por Esplandian, como aquel que en todas las cosas gran conocimiento en sí hubiese, dijo á Enil y Gandalin: «No me creais si esta nuestra fusta en vano fué aquí venida; por ende seamos luego armados, y vamos á aquella gente; que mi corazon me dice que no será en vano nuestra ida. Y esto digo porque, como vosotros sabeis, quedaron en la villa de Alfarin aquellos caballeros nuestros amigos, que, queriendo usar de su gran virtud y gran fortaleza acostumbrada, habrán salido á esta parte, que de enemigos toda es; donde, aunque la entrada sin peligro fuese, por ventura la salida hallarian mas trabajosa, como en semejantes afrentas acaecer suele; y si como lo pienso fuere, tomaremos juntos con ellos la muerte ó la vida, guiándolo la ventura á su placer.»

Entonces fueron de sus escuderos armados, y salidos de la nave en la tierra, yendo al mayor paso que pudieron hácia la gente que dije que habian visto; y siendo ya cerca della, mostróseles claro cómo ciertos caballeros paganos, á su parecer en número de hasta treinta, bien armados de escudos y yelmos y lorigas, que á pié estaban, y con ellos hasta otros veinte hombres de mas baja suerte, combatian á seis caballeros muy bravamente, que desde unas peñas se defendian con muy grande esfuerzo. Los cuales, por las señales de las armas, luego dellos fueron conocidos ser los que sospechaban. Y siendo ya mas cerca de aquella gente, Esplandian en voz alta dijo: «Tiradvos afuera, gente mala, amigos y servidores del enemigo malo, y dejad

los caballeros de nuestro Señor Dios; si no, todos seréis muertos y destruidos.»

Cuando aquesto por aquella gente fué oído, teniendo que de los suyos fuesen que á ayudarles venian, y agora por aquellas palabras conociesen ser así como los otros contrarios, partiéronse la mitad dellos para resistir, no teniendo en nada sus amenazas y gana de los matar. Mas Esplandian les fué al encuentro y sus compañeros; así que, en uno fueron juntos, donde se les siguió una peligrosa lid; que como aquellos muchos fuesen, y los mas bien armados, y tenían lo alto de la peña, herian á su salvo y á su voluntad en los de abajo con las lanzas y saetas de arcas, y con pesadas piedras que rodando les echaban. Pero aquel muy esforzado Esplandian y los dos sus caballeros no fueron por eso desmayados ni espantados; antes porfiando todavía por se juntar mas con ellos, todas aquellas afrentas recibian en sus escudos, hasta que por fuerza, sin que se lo pudiesen resistir, se metieron terriblemente entre ellos, haciéndolos dos partes, dejando por donde iban muertos á todos los que delante se les paraban. Allí pudiérades ver las grandes maravillas que Esplandian hacia, allí pudiérades juzgar ser este el cabo de todo el esfuerzo y de toda la órden de caballería, que despues que entre ellos fué, nunca dió golpe á caballero ni á ninguno de los otros, que mas del suelo levantar se pudiese. Pues de Enil y Gandalin vos digo que, mirando lo que su caudillo hacia, junto con sus esforzados corazones dobladas sus fuerzas, le iban siguiendo, guardando que las espaldas no le tomasen, derribando y matando todos aquellos que por los herir á ellos se juntaban. Así que esto fué por los que en las peñas se defendian visto, cómo aquellos tres caballeros habian desbaratado tantos de sus enemigos, con mucha mas esperanza que hasta allí tenían, salieron todos juntos de aquella guarda, y aquejaron tanto á sus contrarios, que los pusieron, á mal de su grado, con los pocos que de Esplandian se retraian; así que, los unos y los otros fueron en medio de sus enemigos puestos. Mas ellos, viendo tantos hombres muertos de los suyos, y otros heridos, que grandes voces daban, desamparando la pelea, comenzaron á huir por entre las peñas, pensando de se escapar; pero antes fueron muertos algunos dellos, y los otros se salvaron porque aquellos caballeros, con el gran peso de las armas que traían, no los pudieron seguir.

CAPITULO CI.

Cómo el caudillo y flor de Bretaña,
Viendo las llagas de todos seguras,
Se parte á buscar mayores venturas
Do pueda vengar su hambrienta saña;
Y entrada en un valle la santa compañía,
Hallaron la maga llamada Melia,
Y vieron á Frandalo cómo venia
Con otros sesenta por una montaña.

Esto así hecho, conociéronse luego los caballeros, y quitados los yelmos, abrazáronse muchas veces, como aquellos que de todo corazon se amaban. Esplandian les preguntó qué habia sido aquello, y qué ventura allí los habia traído. Elian el Lozano le dijo: «Señor, Trion y Ambor, y dos hijos de Isanjo y yo, rogamos

mucho á Belleriz, que aquí está, que nos guíase á algun lugar donde pudiésemos ganar alguna honra, y por amor nuestro sacónos esta noche que pasó, de Alfarin, y púsonos en la haldá desta montaña, á vista de una villa que en la ribera de la mar asentada está, y desde allí matamos algunos turcos que caminaban á otras partes. Y fuimos en ello tan embebidos, que nunca Belleriz, por cosas que hizo, nos pudo de allí quitar, hasta que de la villa, que Galacia se llamaba, salió mucha compañía de caballeros y peones, tantos, que no los podíamos sufrir; y aunque algunas vueltas sobre ellos dimos, y matamos algunos dellos, en fin nos convino retraer á este lugar, dejando los caballos, que por ellos luego muertos fueron, y así lo fuéramos nosotros, si aquel Señor en cuyo servicio andamos, con vos y esos caballeros no nos socorrieran.— Mis buenos amigos, dijo Esplandian, gran yerro hecistes, pues que á Belleriz por guía lleváades, no seguir su consejo, que provecho vos liciera, aunque á muchas de aquellas muy civiles gentes hubiédeses muerto; que asimesmo fuéades vosotros todos. ¿No se vos acuerda que estamos en parte donde es mayor pérdida de nos que mil de los enemigos? Tomad siempre todas las cosas por razon, sin tentar aquel nuestro muy poderoso Señor, cuyos somos, y seréis dél ayudados y guardados de peligro, porque semejantes milagros que estos no vos verán muchas veces; que, como quiera que todos seamos en el servicio suyo, como decís, no quiere ser él servido sino por el camino de la razon. Y si en otras liviandades nos ponemos, así hallaremos liviana la su ayuda y merced; y porque me parece que estáis muy mal heridos, decendamos abajo, y en una fusta que yo traigo, presto podremos ser donde muy bien remediados seréis.» Y ellos le dijeron: «Señor, no tenemos herida de que mucho mal sintamos; pero hágase lo que mandais.»

Con esto se bajaron de las peñas, y hallaron cómo Sargil y los dos escuderos de Enil y Gandalin tenían por las riendas atados á los árboles todos los mas caballos de los caballeros que habian muerto y desbaratado; y como Belleriz los vido, dijo á Esplandian: «Señor, si en lo pasado algun yerro hubo, no fué á mi cargo; mas por eso no debemos dejar el bien que se nos podria ofrecer en lo por venir. Y pues estos caballeros no son mal heridos, háganse ligar sus heridas como mejor sea, y cabalgando en estos caballos, tornemos á la villa de Galacia, porque seria imposible que no sea salida mas gente en socorro de aquellos que desbaratastes, y podremos hacer á nuestro salvo mucho daño en ellos.» Esplandian lo tuvo por muy buen consejo, y preguntó á los mismos caballeros si estaban en tal disposicion, que aquello que Belleriz decia pudiesen poner así por obra. Y los caballeros respondieron que sí, y luego se hicieron atar las heridas muy bien, que no eran muchas ni muy grandes, y cabalgando en sus caballos, comenzaron á seguir la vía que Belleriz llevaba. Así anduvieron una pieza por la montaña, hasta entrar en un valle de muy bravas peñas y de muy espesas matas de árboles, y mirando á su diestra, vieron una boca de una cueva, y cabe ella, sentada una cosa que les pareció la mas desemejada cosa que nunca sus

ojos vieron. Y por ver qué cosa sería, apartados del camino que llevaban, subieron todos juntos hácia arriba por entre las matas. Y siendo mas cerca, de manera que muy bien pudieron determinar qué cosa sería, vieron una forma de mujer muy fea, toda cubierta de vello y de sus cabellos, que en el suelo tocaban; su rostro y manos y piés parecian tan arrugados como las raíces de los árboles cuando mas envejecidas y retuertas se muestran; así que, á todo su parecer, carecia de la órden de natura.

Mucho fueron todos ellos maravillados de ver cosa tan extraña; y preguntaron á Belleriz si sabia él por ventura qué cosa sería aquella tan extraña; y él les dijo: «Esta que aquí veis de tan extraña y disforme figura, es una mujer que fué de muy alto linaje y de gran manera, como aquella que por derecha línea viene de la muy esclarecida sangre de los reyes de Persia, y fué hermana de su abuela del gran rey Armato, que por vos, señor Esplandian, en la montaña Defendida fué preso; y como quiera que muy hermosa y en todas cosas muy acabada mujer fuese, nunca le plugo ni consigo pudo acabar de haberse de casar, mas antes se dió á saber todos los lenguajes que alcanzar pudo, y el arte de las estrellas y movimientos de los cielos, y otras muchas y extrañas ciencias, que muy acabadamente por gran discurso de tiempo deprendió; y esta, con su gran saber, muchos años há que ha dicho que en su tiempo se habia de perder este gran señorío de Persia, y mas, que habia de ser señoreado y sojuzgado por gentes extranjeras; y por esta causa mandó hacer aquella cueva que cerca della veis, donde es su habitacion y morada; y despues que á ella se vino, y rompió las vestiduras reales, nunca jamás quiso vestir otras, ni que persona alguna le hablase, y come de las yerbas y raíces dellas; y segun dicen, pasa su edad de mas de ciento y veinte años, y esta dueña puso los pilares de metal dorados que son á la fuente Aventurosa, con aquellas letras que en ellos parecen, donde vos, señor Esplandian, desbaratastes los caballeros y prendistes á la infanta Heliaja, que hasta agora nunca por alguno pudieron ser entendidas.»

Esplandian dijo: «Cierto, Belleriz, mi amigo, vos habeis hablado de persona muy extraña, y querria saber qué es lo que hace dentro de la cueva.— Eso, Señor, dijo él, no hay quien alcance á saberlo; pero todos creen que, como consigo metió muy gran número de libros, que con ellos pasará su tiempo.— Pues veamos, dijo Esplandian, ¿cómo no entran algunos dentro por ver lo que hace?— Señor, dijo él, ya lo probaron en el tiempo pasado algunos, pero salieron fuera tan maltratados, que por ninguna manera pasaron de seis pasos adelante.— Pues lleguemos mas cerca, dijo Esplandian, y preguntarle hemos en nuestro lenguaje algunas cosas.» Entonces fuéronse hácia ella, y no anduvieron mucho cuando se levantó de la peña donde estaba asentada, y dijo: «Caballero, por mas de ochenta años antes que naciese supe yo tu venida á la tierra, y por tu causa hago no de ser tu captiva.» Y diciendo esto, metióse dentro en la cueva, sin que mas la pudiese ver. Los caballeros tornaron al camino que dejaron, siguiendo la vía